

12  
La fortaleza



*Donación Ricardo Latcham, E. 30*

LOS MORAVISTAS CRISTIANOS  
(Textos y comentarios)

ETIENNE GILSON

Profesor de la Sorbona  
Director de estudios en la Escuela de Altos Estudios Religiosos

ooo

# SANTO TOMAS DE AQUINO

VERSIÓN CASTELLANA DE  
NICOLAS GONZALEZ RUIZ



222294

M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUJO, 39  
MADRID

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION

## CAPÍTULO IV

## LA FORTALEZA

Con la fortaleza abordamos el estudio de la tercera virtud cardinal. Recordamos, en efecto, que se conocen este nombre a las cuatro virtudes que poseen eminentemente los caracteres generales que se requieren comúnmente en todas las virtudes. Uno de estos caracteres es incontrastablemente la firmeza en la manera de obrar; este firmeza procede directamente de la fortaleza, si bien de alguna manera forma parte integral de todas las otras virtudes; de aquí el carácter de virtud cardinal que se le atribuye y el sitio que ocupa después de la justicia en la jerarquía de las cuatro virtudes.

Como dijo, en efecto, San Agustín: "Cuando se trata de cosas cuyo grandor no consiste en su masa, ser grande quiere decir simplemente ser mejor." Por consiguiente, una virtud es tanto más grande cuanto mejor es. Pero ¿cuál es el bien del hombre? Es el bien de la razón. Este bien la prudencia lo posee como por esencia, puesto que ella es una perfección de la razón.

En cuanto a la justicia, en cierto modo pone este bien en acción en el sentido de que a ella pertenece el introducir en todas las cosas humanas el orden de la razón. Y las otras virtudes no hacen sino conservar este bien dirigiendo las pasiones de tal manera, que no apartan al hombre del bien de la razón. Si consideramos estas dos últimas en su orden, es la fortaleza la que ocupa el primer lugar, porque nada hay más capaz que el miedo de un peligro de muerte para apartar a un hombre del bien que prescribe la razón. Viene en seguida la templanza, porque de todos los placeres, los del hecho son los que oponen los mayores obstáculos al bien que prescribe la razón. Pero el que posee la esencia misma de la virtud debe pasar adelante de lo que hace simplemente obra de virtud y el que hace obra de virtud pasa adelante del que sólo quita obstáculos al cumplimiento de esta obra. Por esto, la principal de las virtudes cardinales es la prudencia, la segunda la justicia, la tercera la fortaleza y la cuarta la templanza, y después las otras virtudes. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 123, art. 12, Concl.)

Como acabamos de indicar, el objeto propio de la fortaleza es quitar del camino de la virtud el obstáculo que le oponen las pasiones, especialmente la pasión del miedo, y más especialmente todavía ese miedo particularmente angustioso que inspira al hombre el peligro de una muerte inminente. Quien puede más, puede menos. Quien será capaz, pues, de soportar el miedo más terrible de los muchos corporales, será capaz, por ello mismo, de soportar

el miedo que pudiera inspirarle otra cualquier cosa. Por esto en presencia de la muerte se revela eminentemente la virtud de la fortaleza; pero todo peligro de muerte no es igualmente propio a manifestarla.

Como acabamos de decir, la fortaleza da al espíritu del hombre la firmeza contra los más grandes peligros, que son los peligros de muerte. Pero como la fuerza es una virtud y la esencia de la virtud es la de tender siempre hacia el bien, resulta que si el hombre fuerte afronta un daño de muerte, debe ser a fin de perseguir algún bien. Pero los peligros de muerte que pueden aportar la enfermedad, una tempestad, una incursión de bandidos y otras ocasiones del mismo género, no parecen amenazar a los hombres a título de consecuencias directas de sus esfuerzos para conseguir el bien; por el contrario, los peligros de muerte que ocasionan las guerras son amenazas que recaen directamente sobre el hombre a causa del bien que se propone, si se trata de una guerra justa para defender el bien común. Pero una guerra justa puede revestir dos aspectos: puede ser general, como cuando dos ejércitos combaten; pero también puede ser particular, como cuando se juzga o cuando una persona privada no reniega un juicio que estima justo, a pesar del miedo del poder que le amenaza o de otro cualquier peligro igualmente mortal. Pertenece, pues, a la fortaleza el conferirnos la firmeza de alma contra los daños de muerte y no solamente contra los que amenazan en una guerra general, sino tam-

bién de los que resultan de los ataques particulares a los cuales se puede extender el nombre general de guerra. Se reconocerá, pues, en este sentido, que la virtud de fortaleza concierne propiamente al daño de muerte al que la guerra nos expone; pero los fuertes se comportan igualmente bien en presencia de cualquier otro daño de muerte, y, por lo tanto, mejor que ningún género de muerte en el que el hombre no pueda tener el peligro por virtud; por ejemplo: no substraerse, por temor de un contagio mortal, de acudir en ayuda de un amigo enfermo, o no renunciar, por miedo de naufragio o de los ladrones, a ponerse en camino para cumplir cualquier piadoso designio. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 123, art. 5. Concl.)

Resulta de esto que el efecto propio de la virtud de la fortaleza es resistir mejor que atacar.

En efecto, resistir es más difícil que atacar, y esto por tres razones. Primeramente, no se tiene ocasión de resistir sino cuando se es invadido por algo más fuerte que uno mismo; pero el que ataca lo hace a título de más fuerte y batirse con uno más fuerte es más difícil que batirse con uno más débil. En segundo lugar, porque el que resiste afronta la presencia misma del peligro, mientras que el que ataca lo considera en el porvenir, y es más difícil el no dejarse commover por un peligro presente que por un peligro futuro. En tercer lugar, porque resistir requiere un tiempo prolongado, mientras que puede

atacarse por un movimiento brusco, y es más difícil permanecer largo tiempo inmóvil que moverse bruscamente en cualquier cosa ardua. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 123, art. 6, ad. 1.)

Now encaminamos así hacia la determinación del acto de fortaleza por excelencia, que es también el acto de más alta perfección: el martirio. Aparece de manera inmediata que es el tipo mismo del acto de la fortaleza; es un acto de virtud porque confirma al hombre en el bien, y es un acto de fortaleza en grado superlativo porque lo confirma en la resistencia al daño de muerte que le amenaza en este combate particular llamado persecución.

Y el martirio es a la vez un acto de suprema perfección, pero nos queda que determinar en qué sentido:

Se puede afrontar un acto de virtud desde dos puntos de vista. El primer punto concierne al aspecto del acto mismo y le relaciona con la virtud que inmediatamente le produce. En este sentido no se puede decir que el martirio que consiste en soportar la muerte como se debe es el más perfecto de los actos de virtud. En efecto, soportar la muerte no es cosa loable en sí, sino solamente porque ella es soportada en vista de un bien que consiste en un acto de virtud, por ejemplo, la fe en Dios y el amor en Dios; por consiguiente, también este acto de virtud, siendo el fin de la constancia ante la muerte, es mejor que ella. El segundo punto de vista considera el acto de la virtud con relación a su primer motivo, que es el amor de caridad, y principalmente por lo que un acto contribuye a la per-

fección de la vida, según estas palabras del Apóstol: "La caridad es el vínculo de la perfección. Pero entre todos los actos de la virtud, el martirio es la demostración por excelencia de una caridad perfecta." Uno prueba, en efecto, tanto mejor su amor por una cosa cuanto más se ama lo que se le sacrifica, y es más odioso lo que se acepta sufrir por ella. Pero está manifiesto que entre todos los bienes de la vida presente el hombre ama, por encima de todo, a la vida misma, y que, por el contrario, es la muerte lo que más detesta, sobre todo cuando se le une la tortura corporal, el miedo a la cual, al decir de Agustín, "aparta a los mismos animales de las voluptuosidades mayores". Es, pues, evidente que el martirio es, bajo este aspecto, un acto más perfecto en su género que los otros actos humanos, puesto que El es el símbolo de la más alta caridad, según estas palabras de Juan: *No hay más grande amor que dar la vida por sus amigos.* (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 124, art. 3. Concl.)

Los vicios opuestos a la virtud de la fortaleza son en número de tres: la timidez, la incapacidad de temer y la audacia.

El tímido es aquel al que el miedo le impide hacer cara al daño que la razón le ordena afrontar, y es, por tal motivo, el contrario mismo del fuerte.

Todo temor procede, en efecto, del amor, pues sólo se teme lo contrario de lo que se quiere. Pero el amor tomado en sí mismo no

entra dentro de ningún género determinado de virtud o de vicio; mas hay amor ordenado en toda virtud, puesto que todo virtuoso ama el bien propio de la virtud, y amor desordenado en todo pecado, pues es un amor desordenado quien engendra el desorden de la concupiscencia; y se encontrará, por esto mismo, un miedo desordenado incluido en todo pecado, como el miedo de perder el dinero en la avaricia, el miedo de perder los placeres en la intemperancia y así sucesivamente. Pero de todos los temores, el más fuerte es el que experimentamos por miedo a morir; y por esto el desorden que este miedo constituye se opone a la fortaleza, que consiste sobre todo en afrontar la muerte, y por esto, en fin, se opone a la fortaleza, como su contraria por excelencia, la timidez. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 125, art. 2. Concl.)

En cuanto a la incapacidad de temer, por loable que parezca a primera vista, no es menos viciosa. El hombre verdaderamente fuerte no es el tronco inerte y estúpido que no asustándose por nada no tiene miedo de nada. Es lo mismo que el que no amando nada no tiene miedo a perder nada, o el que encerrado en su orgullo y en su presunción cree que ningún daño podrá jamás amenazarlo que él ama. El hombre verdaderamente fuerte es el hombre que ama lo que debe amar y que teme lo que debe temer, lo que hay lugar razonablemente a temer, pero que se levanta contra este miedo y afronta el peligro. Se encuentra, pues, entre el que teme demasiado y el que no teme bastante, sin ser ni tímido ni impávido, y añadiremos que ni audaz. La audacia sabemos que es

una pasión. Como todas las pasiones, es buena mientras está regida por la razón; puede ser buena cuando llega el momento de obrar y es necesario eliminar un peligro que amenaza en el porvenir; pero es mala cuando se presenta como un exceso y provoca ataques inútiles o prematuros. La virtud hace sitio al vicio cada vez que el bien cede la plaza al mal por violación de las prescripciones de la razón.

A la virtud cardinal de la fortaleza se añaden cuatro virtudes que participan de su naturaleza sin realizar plenamente su definición: la magnanimidad, la magnificencia, la paciencia y la perseverancia. La magnanimidad no puede confundirse con la fortaleza ni ser puesta en el mismo plano que ella, pues hay mucha diferencia entre permanecer firme, aun con menosprecio de la propia vida, y dar prueba del género de grandeza de alma que implica la magnanimidad. No menos es una virtud del mismo orden y dirigida también contra cierto género de temores:

El nombre mismo de la magnanimidad supone un alma capaz de abrazar grandes cosas. Pero se puede considerar una virtud bajo dos aspectos: primero, en cuanto a la materia sobre la que ejerce su operación; después, en cuanto a su acto propio, que consiste en usar de esta materia como se debe. Y como es principalmente en función de su acto como la naturaleza de una virtud se define, si se dice de un hombre que es magnánimo, es principalmente porque tiene el espíritu inclinado a cualquier acción que sea grande. Pero si consideramos la magnitud de este acto, nos parecerá a su vez do-

ble, según que consista en una cierta proporción o se la considere como absoluta. Se puede, en efecto, hablar de un acto proporcionalmente grande si consiste en usar de una cosa baja o de mediocre valor, pero que el uso que se hace sea excelente. Pero nos aparecerá grande, pura y absolutamente, el acto que consista en el uso excelente de una cosa muy grande. Pero las cosas al uso del hombre son las cosas exteriores, y de estas cosas la más grande de todas es el honor, pues vemos primeramente que nada se aproxima tanto a la virtud, puesto que la atestigua en alguna manera en el hombre sobre el cual recae; vemos, por otro lado, que se relacionan con Dios mismo los mejores de todos los hombres, y, en fin, que los hombres sacrifican todo para conseguir el honor y evitar la deshonra. De aquí que la grandeza de alma del magnánimo se mida esencialmente por la grandeza absoluta de sus actos, como la fortaleza del fuerte se mide esencialmente en su dificultad, y es una consecuencia necesaria que la magnanimitad recaiga hacia el honor. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 129, art. 1. Concl.)

Dinemos todavía, y por la misma razón: es una consecuencia necesaria que resida en los más grandes honores, moderando la esperanza que tenemos según las prescripciones de la razón. Aquí todavía la virtud consiste, en efecto, en guardar el justo medio, pues es cosa excelente apuntar alto y desear para sí este bien del honor, que es el más digno de nuestros esfuerzos después del de la virtud; pero no es excelente más que si deseamos

solamente el *máximum* del honor de que nuestra razón nos advierte que somos dignos. Se ve al mismo tiempo que sin ser, propiamente hablando, idéntica a la virtud de la fortaleza, la magnanimitad depende de ella, pues los honores son cosas difíciles de adquirir, incluso si se merecen; es necesario tener fortaleza de alma, no tanta como para afrontar la muerte, pero sí la suficiente para resistir a los obstáculos que nos separan de las recompensas de que nos juzgamos dignos, lo cual nos capacita para esperarlas. Estracha por demás es la arista sobre la que se mantiene esta virtud, pues creerse capaz de obtener lo que sobrepasa a nuestras fuerzas, es presunción; creerse digno de un honor desproporcionado a su verdadero mérito, es ambición; querer el honor adquirido con falsos títulos o ante el juicio falible de los hombres o para otro fin que el honor de Dios y la salud del prójimo, es vanagloria; pero ser incapaz, en fin, de querer el honor legítimo al que se tiene derecho ante Dios, que puede adquirirse ante El como es debido, y para el fin que es necesario, es pusilanimidad; la pegueñez de alma que la etimología misma de la palabra opone justamente a la grandeza de alma o magnanimitad.

Todavía la etimología del nombre nos ilumina sobre la esencia de la segunda gran virtud anexa a la fortaleza: la magnificencia. Refiriéndonos más entonces que a ser un alma grande, a hacer algo grande o por lo menos a tender a que el espíritu haga algo grande. La magnanimitad es, pues, grande por los objetos que visa, mientras que la magnificencia pone su grandor en lo que hace y en la manera como lo hace. Como afecta al dominio del hacer y, por consiguiente, de la producción, es una de las virtudes propias del artista, al que inclina a realizar obras grandes por sus dimensiones o preciosas en su ma-

teria. Es una de las virtudes, es necesario decirlo, que menos pueden prescindir de los bienes exteriores; el magnífico es un hombre que puede y que sabe gastar.

Lo propio de la magnificencia, como acabamos de decir, es el tender a hacer cualquier cosa grande. Pero para hacer cualquier cosa grande de una manera conveniente es preciso gastos proporcionados, pues sin ellos no se hace nada grande, y por esto la magnificencia sabe realizar gastos considerables a fin de que las grandes obras se hagan como es debido. Pero gastar es soltar dinero, y hay hombres cuyo amor excesivo del dinero impide hacer magnificencias; por esto los gastos que el magnífico hace para cualquier cosa grande pueden ser considerados como constituyendo la materia de la magnificencia, y también el dinero del que se vale para hacer estos gastos y hasta el amor al dinero que modera el magnífico a fin de que sus grandes gastos no se entorpezcan. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 134, art. 3. Concl.)

La magnificencia es una virtud tan notoria que vemos aparecer el vicio en cuanto ésta falta; la incapacidad de sacrificar el dinero necesario a sus empresas, es el vicio del hombre a que la magnificencia falta por defecto; la prodigalidad o hábito de gastar mal los recursos pecuniarios de que dispone, es el vicio del hombre a quien la magnificencia falta por exceso.

Vienen, por último, dos muy nobles virtudes relacionadas con la virtud de la fortaleza: son la paciencia y la

perseverancia. La paciencia no es exactamente fortaleza, pues no es más que una resistencia contra el miedo que engendra el peligro de muerte, pero le es muy análoga, pues es una resistencia contra toda tristeza o depresión de alma menor que aquella y que podría apartarnos del bien que prescribe la razón. En cuanto a la perseverancia es el complemento, por decirlo así, de toda fortaleza verdadera y no hace sino prolongar sus efectos en el tiempo.

La virtud visa, en efecto, lo que es bien, pero difícil; así a cada especie definida de bien o de dificultad debe corresponder una especie de virtud. Pero la bondad o la dificultad de una obra virtuosa pueden proceder de dos cosas: primeramente, de la especie misma del acto y dependiente entonces de la naturaleza de su objeto propio; en segundo lugar, de su longevidad en el tiempo, pues el hecho de insistir largamente sobre cualquier cosa difícil presenta en sí mismo una dificultad especial, y por esto perseverar largo tiempo en un bien hasta su consumación proviene de una virtud especial. Lo mismo, pues, que la templanza y la fortaleza son virtudes especiales, porque una modera los placeres (lo que es de sí difícil), mientras que la otra modera los temores o las audacias que acompañan a todo peligro de muerte (lo que de sí es también difícil), igualmente la perseverancia es una virtud especial a la cual le incumbe hacernos perseverar en estas obras virtuosas o en cualesquier otras todo el tiempo que sea necesario. (*Sum. Theol.*, II, II, qu. 137, art. 1. Concl.)

No se confundirá por lo demás la perseverancia con otra virtud, conexa como ella a la fortaleza: la constancia. Las dificultades que han de vencer no son las mismas. Lo que la perseverancia resiste y contra lo que nos prepara, es la duración misma del tiempo durante el cual debemos sostener nuestro esfuerzo; mientras que la constancia nos arma principalmente contra los obstáculos o dificultades del exterior que pueden poner en peligro nuestra resolución de hacer el bien. Esta última virtud está, pues, menos ligada a la fortaleza que la perseverancia, puesto que la dificultad que nace de la duración del tiempo es más esencial e interior al acto de la virtud que la que nace de las dificultades exteriores.

Se notará, por último, que la perseverancia está situada, como todas las virtudes, en un justo medio, entre los dos extremos opuestos, entre la molición y la obstinación. Un hombre muelle es el que desiste de sus buenos propósitos apenas surgen dificultades para vencer. Un hombre obstinado es el que se niega a renunciar a sus resoluciones una vez tomadas, hasta cuando es irrazonable sostenerlas. Así, la obstinación persiste en su designio hasta cuando no es necesario; la molición persiste menos de lo que hace falta; la perseverancia, por el contrario, persiste exactamente el tiempo que es necesario y por esto la consideramos como una virtud.

## CAPITULO V

### LA TEMPLANZA

CON la virtud de la templanza abordamos el nuevo objeto por medio del cual se define: los placeres sensibles y las concupiscencias carnales, que son obra suya reprimir. Puede precisarse más, y siguiendo el método que hemos adoptado para definir la virtud de la fortaleza, ver qué placeres y qué concupiscencias debe ante todo moderar. En efecto, esta virtud es una de las cuatro virtudes cardinales; combate, pues, sin duda una dificultad considerable, ligada, por no decir inherente, a la naturaleza misma del ser humano. ¿Cuál es esta dificultad?

La templanza obra sobre la concupiscencia y los deleites, como la fortaleza sobre los temores y las audacias. Hemos asignado como objeto propio a la fortaleza los temores y las audacias que acompañan a los más grandes de todos los males, los que ponen fin a la naturaleza, es decir, los peligros de muerte; para lo mismo, pues, la templanza deberá concenir a las concupiscencias de las delectaciones